

Editorial N°5

“Sociología histórica y relaciones internacionales”

En la segunda década del siglo XX se empieza a consolidar una tendencia entre académicos provenientes de la Sociología que empieza a considerar el estudio y el análisis de los sistemas históricos como un elemento imprescindible para buscar y, eventualmente, encontrar las pautas de creación de las instituciones, de las relaciones de éstas con las sociedades donde surgen, de descubrir la génesis y desarrollo de categorías que una *foto fija* es incapaz de explicar; en definitiva, de adquirir una perspectiva histórica que permitiera comparar y comprender el cambio social y *lo que nos traemos entre manos*.

Tal intento recuperó figuras clásicas del pensamiento social; algunas siempre presentes y otras reducidas a restringidos campos de especialistas. Así se relee a Max Weber, a Karl Marx, a Otto Hintze –y a la escuela *de historia institucional alemana-*, se recupera transdisciplinariamente a la *Escuela de los Annales* – M. Bloch, F. Braudel, etc.- y se revalorizan obras de sociólogos históricos *avant la lettre* como Barrington Moore, Karl Polanyi, Norbert Elias, etc. Hoy, la Sociología Histórica en toda su diversidad -no hay más que leer el índice del libro editado por Theda Skocpol *Vision and Method*, para darse cuenta de las diferencias entre Bendix o Wallerstein- se ha establecido como una rama del saber a caballo entre la Sociología y la Historia o, formulado de forma más acertada, una tendencia que no respeta las convencionales barreras disciplinarias entre ambas *ciencias*.

En nuestro campo, el de Relaciones Internacionales, Raymond Aron y Stanley Hoffmann propusieron en los años sesenta, y sin ser conscientes de aquella otra

naciente disciplina, una sociología histórica de las relaciones internacionales, que no logró hacer mella en el canon clásico de nuestra disciplina. Como se señala en uno de los artículos que siguen, las similitudes son tan llamativas como la aparente ignorancia mutua.

Sin embargo, en los años noventa, y posiblemente debido a la insatisfacción relativamente generalizada respecto al rumbo que mantenía el canon clásico, algunos estudiosos de las relaciones internacionales se fijaron en que la sociología histórica de Mann, Tilly, Skocpol, etc., recurría sistemáticamente a las coyunturas históricas internacionales, a la guerra, a la competencia interestatal, etc., para dar cuenta del cambio social. La explicación se transnacionalizaba y necesitaba de las fases y coyunturas del sistema de estados para explicar luchas internas, revoluciones, configuraciones de poder etc. Muy llamativamente, la violencia, y en especial la violencia interestatal, jugaba un papel central en el relato de la construcción de los estados modernos. *La nueva ontología* construía toda una pléyade de nuevos hechos (*facts*) pertinentes para la explicación/compresión de relato sociológico.

Si como plantea Jens Bartelson la decisión de lo que cuenta como *político es*, en sí misma, una dedición política, el conocimiento implica una serie de decisiones ontológicas sobre lo presente y lo ausente como objeto de estudio: una es ética y define quién es nuestro amigo y nuestro enemigo; una segunda es metahistórica sobre de dónde venimos y la génesis de nuestra identidad. Y concluye: "el conocimiento en la medida que diferencia es política y está indisolublemente unido a la Historia y a la Identidad (*A Genealogy of Sovereignty*, 1995, p.6).

Una disciplina necesitada de Historia y cada vez más consciente de que los estados no eran entes cerrados y discretos, sino porosos y un poco *floppy* –Relaciones Internacionales– y otra –Sociología Histórica– que aporta Historia y que considera como centrales en sus análisis las constricciones e impulsos internacionales (y necesitada a su

vez de un cierto refinamiento en sus visiones del comportamiento de los estados en el sistema internacional), propiciaron que la primera se fijara en la segunda “para explicar tan persuasivamente como fuera posible lo acontecido e identificar las posibles tendencias contemporáneas significativas” y así elaborar una teoría “conceptualmente clara y rigurosa, consciente de la historia ycapaz de entrar en problemas éticos” (Fred Halliday, *The Middle East in International Relations*”, 2005, ps. 6 y 21).

Se puede afirmar que hay cuatro rasgos sustanciales de lo que podríamos llamar una *Sociología Histórica de las Relaciones Internacionales*. En primer lugar, tal campo de estudio desecha cualquier concepción teleológica de la historia que impregna la *ciencia política*, llámese idea del progreso, llámese que lo acontecido en la pasado ha *culminado* inevitablemente en lo que ahora *disfrutamos*, llámese una concepción *whig* de la Historia, es decir, la explicación del pasado por el presente o la larga marcha de la Humanidad para acabar en éste, *el mejor de los mundos posibles*. En segundo lugar, y aquí sigo a Reus-Smit (“The Idea of History and History with Ideas” en Stephen Hobden y John M. Hobson, eds., *Historical Sociology of International Relations*, 2002, p. 122) la autonomía del estado, entendido no como *totalidad nacional-territorial* o como concepto jurídico, sino como un entramado de instituciones coercitivas y administrativas con sus propias dinámicas e intereses. En tercer lugar, que la fuerzas sociales tiene un carácter sistémico y mundial. Y en cuarto y último lugar, el principio de la multicausalidad de los fenómenos sociales, tan magistralmente denominada por Mann como *el paradigma del embrollo*.

En este número de nuestra revista ofrecemos tres artículos inéditos que versan sobre esa *Sociología Histórica de las Relaciones Internacionales* desde perspectivas distintas (Lawson, Pastor, y González Aimé y Peñas); tres piezas seminales de sociología histórica (Tilly, Giddens y Mann) y dos artículos clásico de *los precursores*: uno de Otto

Hintze sobre organización militar y organización del Estado; y una pieza corta clásica de Ferdinand Braudel sobre la *longe dureé*.